

tanto en la transición del siglo XX al XXI, como en los análisis de los últimos diez años.

Trabajamos con varias categorías de los movimientos sociales para comprender el papel de la ciudadanía a partir de diversos enfoques. De allí que habría que reconocer que la ciudadanía puede ser una herramienta de cambio social, un instrumento de modificación y expansión de derechos que puede originar cambios en la relación sociedad-Estado y en la correlación de fuerzas en los niveles de gobernabilidad, así como impulsar diferentes formas de participación directa.

Con esta visión, la interpretación de la ciudadanía que se sostiene en la mayoría de los artículos que hemos analizado rompe con la mirada individualista que erige al ciudadano como una persona responsable en la medida que reproduce normas y códigos institucionales. En efecto, la ciudadanía no se reduce a un comportamiento basado en la libertad democrática, es decir, en la igualdad política y el derecho a elegir representantes, sino que abarca derechos políticos más amplios, igualdad de género, y sobre todo, aspiraciones de justicia social. Así, la ciudadanía se construye por medio de movimientos que reivindican la libertad y la justicia contra la violación a los derechos humanos y la violencia contra las mujeres, y reconocen el movimiento LGBT+,⁴ en conjunto con otras luchas sociales por una vida digna en las ciudades, la defensa del territorio o contra violaciones a los derechos laborales.

La ciudadanía implica un ejercicio centrado en la participación democrática, pero no únicamente en la democracia entendida como normas y regulaciones de participación, sino como distintas formas de lucha de ampliación democrática e igualdad social sustentadas por diferentes grupos y clases en pugna.

Por eso, la ciudadanía es, además, un proyecto de futuro. Es el diseño y la creación de una utopía que permita alcanzar un lugar de igualdad, libertad y solidaridad entre los individuos. Pero si la sociedad se encuentra fragmentada en clases y grupos sociales, no puede existir un solo proyecto de futuro. En este sentido, se debe construir a partir de los diferentes esfuerzos y experiencias, cuyos distintos grados de desarrollo se contrastan y confrontan en el proceso mismo de la lucha social, hasta que un proyecto logre alcanzar la hegemonía política que le permita avanzar con cierta legitimidad hacia una utopía universal.

Como resultado de lo anterior, proponemos tres líneas generales de investigación que pueden impulsarse en el futuro para repensar la ciudadanía y los movimientos sociales: 1) la dificultad que se presenta para la unidad de acción de los sectores populares a partir de la fragmentación ideológica; 2) la inserción de las nuevas formas de cultura política en los movimientos sociales, para explicar holísticamente su dinámica interna, y 3) el papel relevante de la participación política, tanto formal como informal.

Finalmente, podemos decir que la ciudadanía es discurso y es experiencia. Estas dos cualidades generalmente se muestran fragmentadas. El desafío es encontrar aquellos elementos de unión que permitan construir puentes de alineamiento entre esos discursos y formas de lucha que se expresan en distintos proyectos, para construir uno más general, con mayor fuerza y legitimidad social y política, para lograr así el cambio social anhelado. ■

4 Movimiento de lesbianas, *gays*, bisexuales, transgénero y otros grupos disidentes.